

**AUGUSTO
QUINTANA `PRIETO**

**CARTA SOBRE
EL BIERZO
A VICTOR
DE LA SERNA**

AUGUSTO QUINTANA PRIETO
Director del Archivo Diocesano

CARTA SOBRE EL BIERZO A
VICTOR DE LA SERNA

CUADERNOS ASTURICENSES

3

ASTORGA 2026

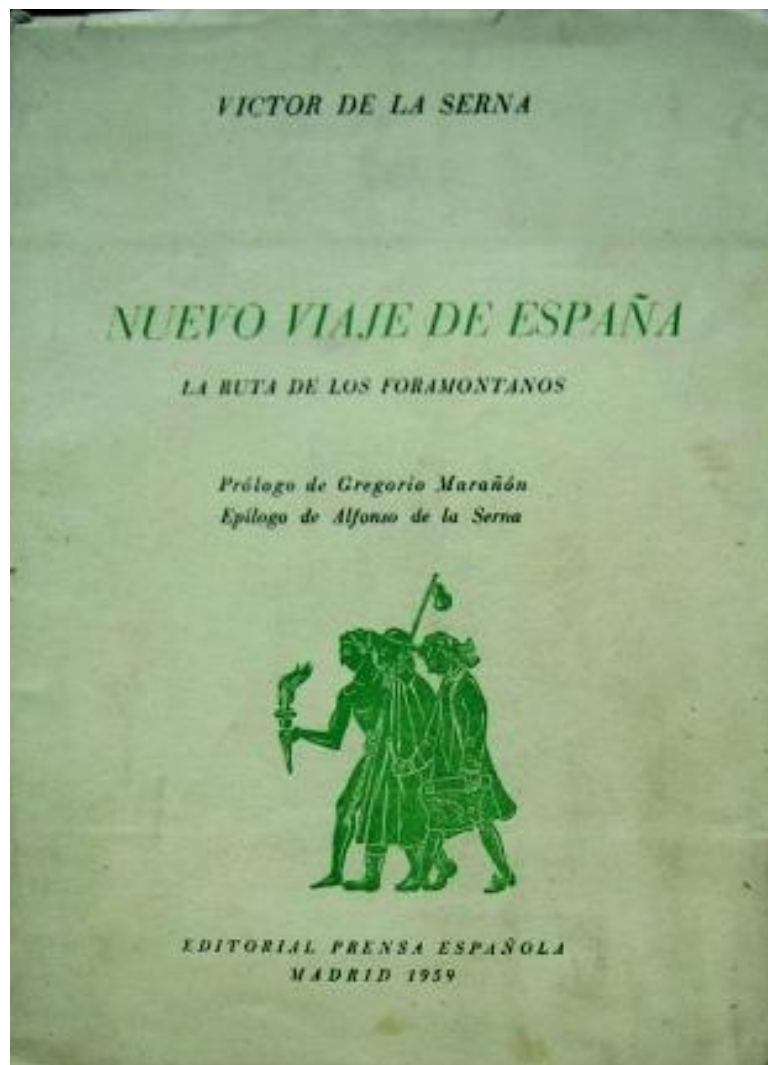
© Augusto Quintana Prieto
Armando Miguélez transcripción
MAG introducción

2

Editor: Archivo Diocesano de Astorga

DEPOSITO LEGAL: **LE 041-2026**

Solo una nota para enmarcar el origen de este texto berciano de Don Augusto Quintana que el Archivo Diocesano recupera- Entre 1953 y 1955, Víctor de la Serna escribió una serie de artículos en el diario ABC de Madrid contando sus experiencias viajeras por varias provincias de España, entre ellas la de León. Uno de sus artículos “Una joven ciudad llamada Astorga” (ABC 11-08-53). Artículos que se publicaron en libro por vez primera en 1955 con el título “Nuevo viaje de España. La ruta de los Faramontanos. Editorial Prensa Española.



Pero el viaje de Don Víctor luego siguió hacia Asturias y no recaló en otras partes de la provincia de León como es el caso de El Bierzo. Esto sirvió de feliz pretexto para que Don Augusto Quintana, entonces coadjutor de la Encina de Ponferrada y profesor de religión del Instituto, lamentando la no presencia berciana en el viaje, escribiera una larga carta al escritor publicada en 5 entregas publicadas en EL PENSAMIENTO ASTORGANO, del que era frecuente colaborador, y firmadas con uno de sus seudónimos C(ésar) Cadenas. Se publicaron el 10, el 17 y el 26 de septiembre y el 3 y 13 de octubre de 1953. Bajo el título: *Si hubiera seguido... Carta abierta a Don Víctor de la Serna*.

Con su prosa maestra, apasionado amor a El Bierzo, y sus conocimientos como historiador escribió como una especie de itinerarios lírico-históricos, evocando con elogio villas, monumentos, paisajes, personajes... Un texto enriquecido con un poema admirable que queremos recuperar como uno de aquellos textos hermosos que siempre conviene poder leer para conocernos mejor y como un agradecido recuerdo a quien en Astorga, sin duda, ha sido el más importante y generoso impulsor de cultura en gran parte del siglo XX.

Lo enriquecemos con una fotografía berciana al comienzo de cada una de las entregas.

Dos pinceladas biográficas son también de obligación:



Víctor de la Serna y Espina. Valparaíso (Chile), 15. I.1896 – Madrid, 25.XI.1958. Periodista, escritor, profesor y político.

Hijo de la celebrada escritora Concha Espina, a temprana edad, se trasladó con la familia a Santander, donde vivió hasta los doce años. Posteriormente se instaló en Madrid para estudiar Filosofía y Letras y Magisterio. Dirigió la colección “Biblioteca Renacimiento” de la Editorial Renacimiento de Madrid. De regreso a la capital cántabra, fue bibliotecario y presidente de la sección de Literatura del Ateneo de la ciudad, Merece la pena destacar su tarea como crítico literario y artístico: dirigió, entre 1933 y 1935, la revista literaria *Ciudad*. Acabada la Guerra Civil, pasó a dirigir nuevamente el diario *Informaciones* (1939-1948) A mediados de 1948, fundó y dirigió el diario *La Tarde*, cerrarlo poco después, en junio de 1949. En 1953 fue nombrado corresponsal de *ABC*. Durante esa época, recorrió España y plasmó sus experiencias en varios volúmenes de viajes, alguno de ellos póstumo. Poseedor de una excelente cultura literaria e histórica, su prosa tuvo siempre una alta calidad.



Augusto Quintana Prieto. Audanzas del Valle (León), 27.IX.1917 – Astorga (León), 20. VIII .1996. Sacerdote, historiador, archivero.

Cursó estudios eclesiásticos en el Seminario de Astorga. Ordenado de presbítero en 1943, su primer destino fue la cura de almas en Pereda de Ancares (León); en 1944 fue destinado como profesor en el Seminario Menor de Las Hermitas (Orense). En 1945, por razones de salud, pasó a ser ecónomo de la parroquia de Villameca (León), donde permaneció hasta 1948. En este año fue nombrado coadjutor del santuario de La Encina, de Ponferrada, y profesor numerario de Religión en el Instituto Gil y Carrasco, donde ejerció de jefe de estudios y secretario. En este centro de enseñanza fundó la revista *Bérgidum*, manteniendo colaboraciones en otra revista ponferradina, *Promesa*, en Radio Juventud de Ponferrada y en *El Pensamiento Astorgano*, en el que

colaboró hasta la desaparición de este rotativo, en 1979. En 1962 fue nombrado canónigo archivero, en esta misma fecha, con nombramiento del Obispo González Martín, dio vida al Museo de los Caminos en el Palacio Episcopal de Gaudí (Astorga), La Real Academia de la Historia lo eligió, en 1972, académico correspondiente. Este mismo año fue inaugurado el nuevo edificio del Archivo Diocesano que él promovió. En 1986, Su Santidad Juan Pablo II lo hizo prelado de honor, El 18 de diciembre de 1993, el Ayuntamiento astorgano, en atención a los muchos trabajos que sobre Astorga había realizado, lo nombró Hijo Adoptivo de la Ciudad.; promotor, fundador y primer presidente del Centro de Estudios Astorganos Marcelo Macías (1982) y miembro de otras instituciones culturales. Autor de importantes libros de la historia, cultivando también la poesía, el ensayo, la novela y el teatro. Su colaboración en la prensa astorgana fue permanente.

Si hubiera seguido...

**Carta abierta a don Víctor de la Serna,
corresponsal en España de A.B.C.**

I

8



Fue buena lástima que V., buen cronista y agudo catador de cuantos motivos de historia, hidalguía y saber se encuentra en el camino de la Patria, se decidiera a salir tan pronto de León.

Y digo que fue buena lástima porque si V. se hubiera decidido a pasar por el Bierzo, se hubiera encontrado con

buenos motivos para sus crónicas siempre sugestivas y amenas, que nos hubieran dejado agradable sabor después de su lectura reposada.

Porque el Bierzo es una región, que no merece el olvido en que se le tiene. Y V. el primero hubiera gozado hasta la saciedad contemplando sus monumentos y tomando sus notas, que luego leeríamos tan complacidamente a través de la prosa castiza y cáustica que a V. caracteriza.

Si yo llego a saber que V. se decide tan pronto a dejar la provincia de León, sobre la que escribió con amor y desvelo sus bien contadas crónicas, le hubiera escrito anticipadamente invitándole a darse una vuelta por esta región berciana. Yo mismo le hubiera servido de guía y estoy seguro de que, antes de meterse en su amada Santander, hubiera dado que hacer a su pluma ensartando en el entrañable “A.B.C” unos envíos-que a todos agradarían sobradamente.

Ya a la entrada del Bierzo, porque habíamos de entrar por “el camino”- y al decir el “camino” me refiero naturalmente al “de los peregrinos”-le haría detenerse unos instantes-todos los que su prisa de viajero le permitieran-ante la inmensa “Cruz de Ferro” que se yergue entre un montón ingente de piedras que todos los caminantes de muchos siglos fueron almacenando a sus plantas con una fe ciega más o menos supersticiosa. Usted daría unas vueltas a su alrededor y estoy seguro de que hubiera tomado sus notas para que no pasara desapercibida en el envío inmediato al diario madrileño.

Después hubiéramos pasado, camino abajo, por Labor de Rey cuyo solo título le hubiera sugerido sus buenos párrafos en las páginas de “A.B.C.” para llegar y cruzar emocionado “*Las puentes del Paso*” ¿Qué le parece a V. del nombre de estas típicas y rancias puentes, que en otros tiempos cruzaron millares de plantas peregrinas camino de Compostela? Pues añada V. el emplazamiento que tienen sobre el río en unos parajes imponentes y lindísimos a la vez y vea lo que se ha perdido por no acercarse por aquí.

Luego hubiéramos visitado “La Preciosa” de Molinaseca, en su Santuario de la falda del monte, cuyas puertas hubieron de forrarse de planchas de hierro, para que los caminantes innumerables no llegasen a deshacerlas en afán de arrancar astillas para llevarse recuerdos consigo. Es bello el Santuario y hermosa la imagen de la Virgen y sugeridor este dato de las astillas. Nada de ello hubiera pasado en silencio por su cuaderno de notas... Como no hubiera pasado desapercibido el cruzar la calle céntrica de Molina, típica y bellísima como acaso ninguna otra en todo el trayecto de las peregrinaciones, con sus balcones de madera, con los aleros prolongados de los techos, con sus escudos señoriales pregonando pasadas grandezas, con todo un capítulo interesante de Historia gravitando en el ambiente, y con el recuerdo emocionado del obispo de Astorga, de la Abadesa de Carrizo y del Abad mitrado de Sandoval repartiéndose tripartitamente el señorío de la Villa en los siglos pasados.

Después Ponferrada...Su torre de la Encina hubiera hecho vibrar, como un arpa, la sensibilidad de su espíritu abierto a la belleza y al arte. Y se hubiera entusiasmado ante la imagen de la Virgen a cuyas plantas rezaron tantos y tantos romeros de Compostela, y hubiera contemplado el joyero del santuario, para el que, no podría reprimir unas notas de entusiasmo y valoración en sus crónicas. El recuerdo de los caballeros del Temple, sentido aquí como en otra parte ninguna, recorriendo las estancias vacías y ruinosas del castillo inmenso y subiendo a las torres y almenas de la gloriosa fortaleza, serían algo inevitable en sus escritos y algo inolvidable en su espíritu. Y el paso del “pons-ferrata” del obispo Osmundo llenaría de emocionado fervor, su continuo peregrinar por todos los caminos de la Patria. Y aún podría admirar más: Usted que vive de todo-lo antiguo y lo moderno- que para todo tiene su comentario y su epíteto adecuado y que lo mismo canta las glorias desaparecidas que los nuevos motivos de orgullo, estoy seguro que también en Ponferrada tendría palabras de calor y optimismo ante el dinamismo moderno de las máquinas y de las Empresas florecientes, y uniría el rumor de sus escritos con el de las aguas constantes del nuevo canal, que ha convertido en regadíos los viejos páramos bergidenses...

Y pasaría a Cacabelos, para postrarse de hinojos ante la virgen de la Plaza-tan relacionada con las peregrinaciones jacobeanas- y ante la Virgen de la Quinta Angustia, de título emocionante, guardada en un Santuario elegante y de bellas proporciones. Y, dando de lado al Bergidum Flavium-entonando una elegía a su pasado y fenecida

grandeza, - llegaría a Vilafranca...¿Nunca ha pasado y paseado Vd. por la calle del Agua de esta bellísima población? Me supongo que sí. Es uno de los placeres legítimos y hondos, que se puede proporcionar al espíritu y creo que Vd, no se haya privado de él, en su continuos viajes a través de todos los rincones de España. Si no lo ha hecho puedo asegurarle que le falta a Vd. algo de verdadero ensueño que debería Vd. proporcionárselo cuanto antes en la seguridad de que es imposible imaginarlo, sin poner las plantas sobre esta calle única. ¡Qué párrafos se perdieron sus crónicas por no pasar Vd. esta calle singular de Villafranca del Bierzo, tan señorial y tan cumplida! Créame que lo lamento de veras; por Vd y por los que seguimos con interés y placer los relatos de sus envíos al periódico madrileño...

Ni crea Ud que sea solamente esta calle del Agua, por singular que ella sea, lo único bellísimo y típico de esta población. Toda Villafranca es tipismo, historia y leyenda. Pero es demasiado larga mi carta de hoy ya. Debo dejarla para otro día. Se lo prometo. Porque Villafranca y el Bierzo-como Astorga- se aguantan bien varias cartas. Ya verá Ud, compañero...

Suyo affmo.

II



13

Hemos caminado demasiado de prisa. Con el afán de no entretener a Ud. mucho en el viaje este imaginario, llegamos en una jornada desde la mismísima “Cruz de Ferro” hasta la villa pintoresca de Villafranca, ya casi, en la salida opuesta del Bierzo. Y es buena lástima, porque nos hemos dejado para atrás cosillas muy interesantes para su cuaderno de notas y para sus reportajes del “A.B.C”

Así ni entramos por Bembibre, donde podríamos haber evocado aquellos famosos, legendarios y desconocidos Merinos del Bierzo, que aquí tenían su residencia habitual y de cuya vida y actuación guardan muchos secretos nuestros archivos. Ni nos llegamos al barrio ponferradino

de Santo Tomás de las Ollas, donde se conserva la iglesia de estilo mozárabe más antigua del mundo, interesantísima e imprescindible para el estudio del desenvolvimiento del arte. Ni hemos tenido un recuerdo siquiera para don Álvaro Yáñez y doña Beatriz Osorio, figuras simpatiquísimas e inmortales de “El Señor de Bembibre” de Enrique Gil y Carrasco, cuya evocación irá siempre ligada al incomparable paisaje berciano...

Y de un solo salto nos encontramos en esta calle del Agua villafranquina, donde es un placer pasear lentamente para saborear mejor todo el tipismo y señorío que sobre ella vive. Se siente uno grande, aquí, donde todo respira grandeza y dignidad. Por eso no es nada fácil abandonar esta calle sabrosa y señorial. Repase y cuente detenidamente estos escudos, que ostenta cada casa y cada esquina. Vea esos timbres de gloria y esos blasones de nobleza tan profundamente pródigos y dígame si no merece la pena esta demora que en ella estamos efectuando. Hasta la brisa que pasa y acaricia aquí de manera especial parece que tiene un aire de señorío e hidalguía, que no se le ve en parte alguna. Y las personas de hoy, tan lejanas de aquellas que pusieron sus escudos como timbres de gloria, tienen garbo y ademanes de imperecedera grandeza. ¿Verdad que se siente una fuerte tentación de vanidad racial y tiende uno a presumir de “hijo de algo”, aquí, donde tanto hay que saborear?

Mirando aún con el rabillo del ojo, por la nostalgia de tener que dejar la calle, subimos ahora a Santiago, una bella iglesia románica del más acendrado sabor jacobeo y

peregrino. Cuando nos acercamos a ella vamos pisando la auténtica Calzada de los Romeros de Compostela y casi nos sentimos confundidos con una caravana de aquellas innumerables, que por aquí pasaron hacia la tumba del Apóstol. Y, en plena calzada, este pórtico bellísimo de la fachada norte de la Iglesia. Pasamos esta puerta santa. Aquí los peregrinos que iban enfermos y o imposibilitados por la debilidad o la fatiga, ganaban el mismo jubileo que pasando la puerta santa de la Basílica compostelana. Nosotros-ni V. ni yo estamos tan débiles ni decaídos-no podremos lucrar esta gracia del jubileo santiaguista. Pero será un placer inefable poner las plantas en esos umbrales donde tantos romeros sentirían la insondable alegría de sentirse purgados de sus culpas y de gozar el afán cumplido de la peregrinación. Y, de paso, mire V. aunque solo sea “de refilón” hacia estos capiteles maravillosos y hacia las arquivoltas sutilísimas. La impresión de lo románico logrado y plenísimo es tan pura que el ambiente compostelano se le mete a uno en el alma. En esta Iglesia-que además lleva el título del Apóstol-no se puede evitar la impresión santiaguista y compostelana.

La misma calzada de los peregrinos nos lleva hasta el Castillo. Ancho y deprimido. Da la sensación de que está aplastado contra el suelo por un peso invisible y recio. Y yo creo que es la gloria y el pasado lo que le aplasta así. Porque, si los hay, los dueños de este Castillo han sido hombres cargados de laureles y glorias como ninguno. Capitanes intrépidos, guerreros favoritos de la Fortuna, señores de Estados inmensos, Virreyes de territorios, que

eran verdaderas naciones...Álvarez de Toledo, Duques de Fernandina, Duques de Alba... ¿Para qué decir más que la cita de estos tres títulos, que resumen las más genuinas glorias de los siglos de oro de España? Ya es virtud la de esos muros haber podido resistir tanta gloria, aunque sea en este estado de aplastamiento achicado en que los vemos ahora...

Si V. no tuviera tanta prisa entraríamos ahora en las mansiones señoriales. Si está el buen conde de Peñarramiro nos acompañará amablemente en el recorrido, Si está ausente, el bueno de Mariano irá relatando a nuestro paso historias y leyendas de sus antepasados, que harán sus delicias de viajero impenitente. ¿No? Pues vámonos hacia San Francisco.

Muy de prisa podemos echarle una ojeada. Mezcla de estilo románico y ojival, es una iglesia curiosa e interesantísima, con un artesonado que bien se merecía unos minutos de detención. Y sigamos a San Nicolás. Bello templo del renacimiento con mucho de herreriano y de jesuítico. Y no se vaya de aquí sin entrar en el patio interior del edificio. Es espléndido y sorprendente. Los mejores patios romanos del renacimiento admiten bien el paragón. Y éste no tendrá que envidiarles en nada. Es clásico y matemático como la misma exactitud. Apenas se le conoce, pero es excepcionalmente bello y armónico. Un orgullo más de esta Villafranca, que guarda como una esfinge sus enormes tesoros.

Y la Anunciada. Espléndido el edificio. Magnífica la iglesia, rico e interesante el panteón. Pero su joya

incomparable es el tabernáculo del altar mayor. Cuando don Pedro de Toledo, virrey de Nápoles se lo mandó a su hija, abadesa de este Convento, debió sentir el orgullo de hacer un regalo del cielo. Cuando ahora lo contemplamos nosotros no sabemos separarnos de él. Y nos quedamos mudos, porque nuestro lenguaje profano con su pobreza, el inmenso tesoro de riqueza y arte que esto supone. No sabemos qué artista italiano trabajó este mármol y talló estas figuras de bronce. Pero su mano, movida por una habilidad sin calificativos, dejó para la religión y para el arte una obra maravillosa y singular. Solo por ver este sagrario artístico de la Anunciada merece la pena llagarse a Villafranca desde muchos kilómetros de distancia.

Nos queda por ver todavía la Colegiata. ¡Vea V., compañero, cómo Villafranca “aguantaba” también más artículos! La Colegiata: anchas y redondas columnas, rasgados ventanales, buenos retablos, buen coro, ricas joyas...es un regalo regio- ¡al menos de Virrey! -de don Pedro Álvarez de Toledo a Villafranca. Y, como él andaba por Roma e Italia, metido en batallas guerreras y en batallas diplomáticas en pro de Su Majestad Católica el Rey Felipe de España, allí escogió Maestros que llevasen a cabo su iglesia, de regalar a la Villa algo que mereciese la pena.(Otro día pensó en hacer un regalo a su hija, la Abadesa de la Anunciada, y le mandó nada menos que el cuerpo de un Santo; el de San Lorenzo de Brindis, que aún recibe culto aquí) Y con estos maestros ya puede Vd., suponer lo que saldría de sus manos artistas; La Colegiata!

Pero mire allá atrás, casi en un rincón a la subida del coro; huellas de siglos; son los restos románicos de la famosa Abadía de Cluny, trasplantada por los franceses, en una filial gloriosa, hasta la confluencia del Burbia y del Valcárcel. Allí comenzó Villafranca. Por eso, como todo el camino de las peregrinaciones, lleva un sobrenombre extranjero. Pero el sobrenombre nada más. Lo demás... ¡lo demás es todo español y de la mejor cepa y del más agradable sabor!

Estos restos románicos tienen aspecto de bautisterio. Y debe de ser que todo lo extranjero, que pasaba por aquí, recibió un bautismo indígena y racial, que le despojaba de toda reminiscencia extraña para que fuese, ya siempre, genuinamente hispano. Por eso habrá reminiscencias, francesas, italianas... en Villafranca; pero todo en ella es español y berciano.

Hasta otra, compañero.

Affmo. de veras.

III



19

Si Vd. tiene mucha prisa, dejamos a Villafranca ya y, metidos en este valle angosto que forma la cuenca del río Valcárcel, nos encaminados a la provincia de Lugo. Y apenas le detendré ya. Es forzosa una pequeña detención en uno de los pueblos que encontraremos a nuestro paso, y en cuyo término encontraremos un bello castillo. ¡¡Con lo que a Vd. le entusiasman los castillos y sus viejas leyendas!! Este también tiene la suya: Uno de sus señores feudales, por razones que fácilmente podríamos nosotros imaginar, fue asesinado por sus propios vasallos. Se llamaba Pedro Gómez y vivió en el siglo XIII. Y en relación con los peregrinos a Compostela-a quienes Ud. evoca con tanta frecuencia con emoción en sus crónicas viajeras- también tendríamos que decir no poco sobre el castillo.

Pero en este orden de cosas tendríamos que decir más de otro que ha desaparecido totalmente y que estaba a pocos metros de distancia del actual. Estaba a la derecha del camino y se llamaba Santa María de Auctares. En el año 1070 el Rey de León toma cartas contra una bandada de salteadores que se han adueñado del castillo y caía sin piedad sobre los peregrinos. El monarca les protege paternalmente y amenaza a los perturbadores. Años más tarde es un noble gallego el que se ha apoderado de la fortaleza y despoja inicuaamente a los viajeros que pasan por sus cercanías volviendo el Rey de León a intervenir pacíficamente en el asunto. Y, cuando D^a Urraca -la inquieta andariega D^a Urraca- andaba jugando a su escondite trágico y sangriento con el no menos inquieto y enredador Arzobispo compostelano don Diego Gelmírez, este castillo fue el escogido para prepararse mutuamente una emboscada, para ver quien había de encerrar traidoramente a quién... ¡Qué tiempos aquellos, tan lejanos y distintos! El castillo, como le dije, desapareció por completo. Y apenas si quedan de él los cimientos suficientes para poder decir, sobre la cima del cerro: Aquí fue el sitio del temible castillo de Santa María de Auctares. Pero el otro, el de la izquierda, el de Sarracín, ese está en pie, aunque con las almenas desdentadas, los lienzos de sus muros derruidos, y unos mechones de hiedra romántica y poderosa, que ocultan por completo torres enteras como penachos de heráldica viva.

Y, después de esto, llegaríamos pronto a Cebrero, lugar milagroso, en el punto álgido de Piedrafita, donde es aún

viva la herencia de un famoso Monasterio y donde le darán a adorar “las reliquias portentosas de un estupendo milagro eucarístico” ocurrido allí hace varios siglos ya. Pero habríamos salido de la provincia de León. Y sobre todo nos habríamos dejado tantas cosas atrás que casi habríamos cometido el mismo pecado de preterición y olvido imperdonable que ahora ha cometido Vd. Y esto seguro que algún otro periodista atrevido, como yo ahora, nos hubiera salido al paso y nos hubiera echado en cara que, para dejar de esta forma el país berciano, olvidando glorias tan genuinas como nos dejábamos atrás, no merecía la pena “habernos metido en harina”. Por eso, me voy a tomar el atrevimiento de prescindir de su prisa y- casi, casi tentado a decirle que aun en contra de su voluntad- nos vamos a dar un pequeño paseo por otros caminos del Bierzo, que no sean precisamente “el camino” que hemos venido siguiendo hasta ahora. Estoy seguro de que me lo ha de perdonar en fuerza de ver y admirar cosas hermosas que acaso Vd. no haya visto en otras ocasiones y que acaso no haya sospechado que puedan existir.

Y sea lo primero llegarnos a este pueblecito que tenemos ahora a nuestra izquierda en la salida misma de Villafranca. Está muy cerca, y como el paisaje es delicioso hasta nos vamos a tomar la molestia de ir hasta él a pie. Vd., ya está cansado de viajar en coche y es muy saludable esta brisa que corre por aquí. Y no nos vamos a detener en esta breve e interesante Iglesia que nos encontramos en el camino. Es románica y bella (Vd. que tan cálidos elogios tuvo para las iglesias románicas de

Palencia debería entonar un canto sonoro en obsequio del románico en el Bierzo, que guarda tantos y tan hermosos ejemplares de este estilo y que se merecen bien una elegante y digna publicidad). Pero vamos a seguir adelante...

Y llegamos a Corullón. Y yo me voy a callar, porque le veo- me lo imagino-cabsorto en la contemplación del paisaje encantador. Es algo de maravilla. ¡Lo que se perdió usted y lo que se perdieron los lectores de “ABC” por no llegar aquí! Estoy seguro que piensa V. en un paisaje caprichoso de nacimiento. Pero también lo estoy de que, cuando Vd. era niño y derrochaba fantasía para imaginar algo abrupto y bello-aun ayudado por la fantasía poderosa de su madre. (que Dios le conserve y nos conserve muchos años) nunca llegó a soñar algo que se le pareciera-ni de lejos-a esto. ¡Caprichos de la naturaleza!

Una Princesa de Parma, que había mecido su cuna en estas tierras bercianas, sentía tanto amor y nostalgia por este paisaje de Corullón que envió desde aquella lejanía a un afamado pintor italiano, cargado de lienzos y pinturas, con el encargo de copiar exactamente esta maravilla de la naturaleza. Y después hizo gastar a su marido una fortuna inmensa para lograr en el paisaje de ensueño italiano algo parecido a esto. No lo consiguió del todo. Pero en sus ratos de nostalgia aguda, se solazaba con la contemplación del recuerdo que le traían al alma la copia del pintor en el cuadro y la copia de la naturaleza en la obra de su marido. ¡Caprichos de los hombres!

Pero caprichos que en el caso presente no dejan de tener su justificación. Porque esta perspectiva única bien se merece el gasto de unos millones para aquietar la nostalgia de una princesa bella y caprichosa. Véalo V. detenidamente, casi en el medio de silueta caprichosa y encantadora del castillo; y, en la ladera, entre el follaje abundante y variado de los árboles (los higos de Corullón-y más si están almibarados por “Ledo” de Villafranca- son algo exquisito y regalado para el paladar más exigente), el poblado distribuido por todas partes con sus iglesias, que son verdaderos monumentos de arte. Lleguémonos a ellas, que se lo merecen bien. Sobre todo, la de San Miguel, de portada tan bella, tan bella, que se atribuye- ¡nada menos! -que al mismísimo Maestro Mateo, autor del inigualable Pórtico de la Gloria de Compostela. Fue consagrada a finales del siglo XII por el Obispo astorgano que construyó el famoso “puente de hierro” de Ponferrada y es orgullo del patrimonio artístico nacional.

La de San Esteban, también románica, tiene una arquería en la fachada que es martirio e intriga de arqueólogos y artistas. Y de aquí procede el famoso Calvario de Corullón, que Vd. habrá visto frecuentemente en libros y revistas, como existente en el Museo Provincial de León. Otra joya de arte berciano.

¿Merecía la pena esa detención por tierras bercianas, salidos del camino de Compostela?

Suyo affmo.

IV



Damos la espalda al paisaje maravilloso de Curullón; cruzamos este río de aguas cristalinas y montañeras, que discurre a nuestros pies; y seguimos ruta, “a campo traviesa” con dirección al Naciente. Estoy seguro de que los parajes que vamos atravesando han de llamar poderosamente su atención por la belleza y colorido que a nuestro paso despliegan. Pero no hemos de pararnos en ellos, sino en estas venerables ruinas que nos salen al paso.

Vd. lo recordará: bajo estos mismos sotos de castillos y nogales caminaba un día don Álvaro Yáñez, amparado por las sombras de la noche y llevando a la grupa de su cabalgadura el dulce peso de su Beatriz, arracada a la paz del claustro de Villabuena. Aquí, como un fantasma nocturno-hábito blanco, negro escapulario y cogulla a la

espalda-le salió al paso el Abad de Carracedo, que le increpó con voz ronca y airada:

- “¿A dónde vas, robador de doncellas?

Yo siempre que me acerco a estas ruinas venerables y santas, me imagino la escena bellísima del novelista berciano. Sólo que la pregunta del Santo Abad tiene ahora un tono lastimero de pesadumbre y angustia, por el abandono incalificable en que tenemos las ruinas de su famosa Abadía. Vamos Ud. y yo, por breves momentos a consolar a este Abad de las lamentaciones, acompañando brevemente los pasos de su comunidad venerable por los pasillos del convento derruido. Porque, si es verdad que su estado de ruina y abandono es francamente lamentable, no lo es menos que aún conserva motivos de atracción y de turismo deslumbrantes.

Ni me voy a detener en esa portada románica, conservada en los muros de la Iglesia moderna, con la veneración de una reliquia santa. Ahí están las efigies del primer abad, San Florencio, y del Emperador de las Españas Alfonso VII, bajo un pantocrátor logradísimo, como en las más bellas obras de su estilo. Como en todo el Bierzo, el románico secular nos sale al paso ya. Luego verá que el edificio es una mezcla bellísima del románico y del gótico en una floración espléndida y singular.

Entonemos una elegía ante este claustro, horriblemente malparado y destruido, para convertirlo en campo de labor. Las ojivas bellísimas de las arcadas yacen por el suelo, como símbolo de la destrucción y del desprecio,

con que ha sido tratado. Pero aún se ven las líneas arquitectónicas que presidieron su construcción esmerada.

Y penetremos en el panteón de Abades. Las tumbas están abiertas y profanadas; el suelo, sucio de escombros e inmundicias... Pero el conjunto arquitectónico es algo de verdadera maravilla. Otro viajero incasable- como usted ahora-de España en el siglo pasado, que se empeñó también en “descubrir España para los mismos españoles”, D. José María Cuadrado, se extasió en este sitio y escribió estas inolvidables palabras: “No he visto nada tan logrado y perfecto arquitectónicamente como este Panteón de Abades de Carracedo”. Claro que, a la página siguiente, después de contemplar la estancia superior del mismo edificio, comprendió que se había adelantado un poco a sí mismo. Porque si el panteón le pareció logrado y perfecto, la “Cocina de D^a Sancha”, con su galería exterior, se le adentró tanto en el alma por la pureza de sus líneas y la hermosura de su estilo que vuelve a repetir el elogio de una manera más absoluta y cabal. - Yo no puedo responder de la veracidad de tan acabado elogio. Pero sí le aseguro que quien no conozca a Carracedo-sobre todo en estas estancias del Panteón, de la “Cocina de la Reina” y de “El Archivo” no podrá decir nunca que haya conocido las piezas maestras de la arquitectura española.

Y vámonos, compañero, que tanta detención es contra mi voluntad y nuestra prisa. Pero no nos vamos a ir del todo, aunque nos alejemos del lugar. El recuerdo de los monjes

idos y de las bellezas vistas nos acompañará largo trecho. A nuestro paso nos saldrá de continuo. Y veremos en palomares del trayecto que las mansas palomas se arrullan a la sombra de piedras talladas con arte y finura y que entran y salen de sus palomares por las piedras taladradas de bellos rosetones góticos, que un día fueron ornato de la iglesia del Monasterio abandonado.

Y nos encontraremos de nuevo enseguida en el lago de Carucedo. Era de ellos por donación real y aquí tenían su casa y sus lugares para coger las anguilas finísimas del lago. Es un espejo limpio y transparente donde se refleja hasta sus detalles más mínimos la pureza de un cielo espléndido y la belleza de un paisaje de ensueño. Sobre esa superficie, que copia suavemente los ramajes de castaños y viñedos, se imagina uno la góndola tranquila de doña Beatriz Osorio, apagando en la suavidad del agua los movimientos de su vaivén constante, para envolver su enfermedad incurable en un ambiente de caricias maternas y de mimos regalados, cuando el día reclinaba y cuando su salud se alejaba con el sol descendente de otoño...

Da pena tener que dejar tan pronto estos bellos parajes, que tanto se dan al ensueño y a la contemplación. Si el tiempo nos lo pudiera permitir subiríamos ahora a una de esas rústicas barcas, que en la orilla opuesta se balancean serenamente, y jugaríamos, como en un sueño infantil, a cruzar el lago y a rozar con la quilla de la embarcación la torre sumergida de un antiguo convento, que según la leyenda de Enrique Gil, aún se yergue en el centro de las

aguas. Un antiguo Abad- juno de los tantos Abades del Bierzo! - próximo a profanar la santidad de sus hábitos, quedó sumergido-con su Abadía- en el fondo del lago. Y estos labriegos duros de la ribera de Carucedo aseguran que, en el ir y venir en sus barcas en busca de anguilas y patos, han rozado muchas veces la veleta de la torre del convento. ¿No le gustaría a Ud. probar fortuna por ver si lo rozaba también? ¡Qué bella crónica la del día siguiente, escrita con las manos temblorosas de emoción y con el espíritu embargado por la sensación indefinible!

Pero si le parece, seguimos caminando hacia Cornatel. Es un castillo vetusto e impresionante que se alza como una corona inmensa, en la testa abrupta y salvaje de una colina singular. Tiene muchos siglos de existencia ya. Cuando los Reyes godos andaban en guerra con los suevos (¡cuidado que hace años ya!) el castillo de Cornatel estaba en pie. Sobre su silueta se vieron en tiempos dibujadas, en el perfil de los cielos bercianos, las de los frailes guerreros del temple. Y un día, sobre el torreón final y rozando el abismo inconmensurable del fondo, se vieron confundidos en una lucha franca y terrible las estampas impresionantes del Conde de Lemos y don Álvaro Yáñez, para terminar aquel despechado por el desfiladero tremebundo. Hoy quedan solo ruinas interesantes y curiosísimas, con la torre del homenaje altiva e inconmovible. Vámonos allá, compañero...

*Podéis entrar tranquilos. La ancha puerta,
otro tiempo temida y codiciada,*

*no existe ya; y está la entrada
de par en par, serenamente, abierta...
No veréis en el patio del Castillo
la figura siniestra de un guerrero;
no hallaréis, en su torre, al altanero
absoluto señor de horca y cuchillo...
Todo aquello pasó. No resta apenas,
del antiguo y terrible señorío,
otra cosa que un viento helado y frío
de recuerdo siniestro en las almenas,
unas piedras tranquilas y serenas,
Y un tajo impresionante sobre el río...*

V



Lo mismo que don Quijote sobre el espaldar recio y arisco de su entrañable “rocinante”, vamos a caminar nosotros ahora sobre estos riscos ingratos y atrevidos de los Montes de León, hasta llegar a uno de los picachos más elevados, que llaman “La Anguiana”. Aunque duro, el paseo es sumamente pintoresco y grato. A nuestra derecha quedan los valles casi inéditos aun de la famosa Cabrera, que en otro tiempo fue señorío codiciado entre todos los del Reino de Leonés. A nuestra izquierda está el valle del Sil, ameno y encantador, si los hay... sobre cuyo paisaje parece flotar el acento leve y acariciante de la prosa bella de Enrique Gil que tantas complacencias sintió en sus descripciones. Y esta mirada, diáfana y tendida, desde los riscos de la sierra, tiene una belleza

fascinadora. Estoy seguro que aún Vd., tan infatigable caminante de todos los sitios pintorescos de la Patria, sentiría la sacudida de lo inesperado y deslumbrador de estos horizontes nuevos y tendría palabras émulas de las del Ruiseñor berciano, para intentar una descripción que llevase a sus lectores toda la emoción que V. sintiera en su contemplación

Pero todo esto palidecería ante lo emocional y hermoso del final de nuestro viaje por tan extraños caminos. Porque habríamos llegado nada menos que al Valle de Silencio. Solo el nombre es emocionante. Yo no sé si se llama así por esas aguas transparentes y lúcidas, que se deslizan sin un rumor siquiera por el fondo-como si discurriesen por un templo en el que se celebra una función religiosa, que no termina nunca-o porque el recuerdo de innumerables Santos, enmudece aquí toda la naturaleza, aleccionada por aquella legión de anacoretas y monjes que aquí enmudecieron durante toda su vida, ha querido guardar avaramente y con ambiente monacal, aquel dicho antiguo que el silencio es oro, y se lo ha convertido en axioma de su existencia.

¡El Valle del Silencio! Y, con la evocación de este solo nombre vienen a la mente figuras gloriosas de un pasado de idilio y leyenda, comparable solo, en el mundo entero, a la Comarca de Asís. Con qué fruición, si la prisa no nos acuciara ahora, le contaría la leyenda de San Fructuoso, que en este mismo valle buscaba retiro, seguido siempre de la silueta inconfundible y familiar de su cervatilla-aquel animalito domesticado- que el día de su muerte arrancó

lágrimas de los ojos del Santo y milagros de salud y de gracia de sus manos taumatúrgicas; - y de la dulce y bella figura de San Genadio, Abad de San Pedro de Montes y Obispo de Astorga, peregrino a Compostela y confesor de Reyes, que renuncia a su mitra, para buscar reposo en una cueva que lleva su nombre en este mismo valle; y de San Valerio, el Santo que ha destilado más violencia en el lenguaje duro de sus escritos y que escupe, como insultos groseros, los más duros epítetos sobre sus enemigos incontables; y de San Esteban, un recio francés, que dulcifica su carácter en el contacto con estos parajes, donde el recuerdo de los Santos se hace tangible y familiar; y de tantos varones, que tuvieron aquí aquellas ingenuas visiones de un mundo extraño y misterioso, conocidas a través de los escritos del Monje Valerio...

Ni son solo recuerdos los que hemos de encontrar en nuestro camino. Ahí están en equilibrio difícil, después de los siglos y pese al olvido, las Iglesias de Montes y Peñalva. Mozárabe la una y románica la otra, tienen categoría de monumentos nacionales, y perpetúan el recuerdo de dos Abadías famosas de lo que fue en otras épocas la “Tebaida berciana”. La segunda hace muchos siglos que desapareció, pasando a ser una dignidad de la Santa Apostólica Catedral de Astorga. (por cierto que uno de los abades que gozó de esta dignidad dotó a la Diócesis y a la Región de una obra de arte que es por sí sola una maravilla, que bien se merecía también una visita suya: en el pueblo de Salas de los Barrios construyó una capilla; y el retablo mayor lo mandó pintar-¡nada menos!- al mismísimo Nicolas de Brujas, que dejó aquí uno de los

cuadros más maravillosos que brotaron de sus “brujos” pinceles). La otra Abadía-la de San Pedro de Montes duró muchos siglos más y desapareció cuando la ominosa exclaustación del siglo pasado. Aún se ven las ruinas tristes del convento famoso; aún existe su iglesia espléndida; y aún sigue en la torre, dando perezosamente las horas, el reloj que regía la vida de la santa comunidad. Debe ser emocionante sobremanera escuchar las campanadas lánguidas de este reloj secular, que toca a maitines y a completas sin que uno solo de los monjes acuda a su coro, cuando llama en la mitad de la noche...

Y ya no nos vamos a mover de aquí. Lo que en el Bierzo debiera tener cabida en sus crónicas, es innumerable todavía. Pero nos va a bastar una enumeración sencilla desde aquí. Por algo estamos situados en un punto elevado y estratégico en demasía. El Pico de la Aguiana es una atalaya preciosa para ver el Bierzo entero sin dar un solo paso. Vea hacia atrás, según el camino que acabamos de recorrer:

Allá hacia donde el sol se oculta con celajes rosados, la tierra rojiza de las Médulas: obra ingente de los romanos, esfuerzo singular para arrancar a la tierra madre los tesoros de sus ricos metales. Asusta pensar que todo eso sea obra de míseros mortales; y el recuerdo de los pobres esclavos se mete en el alma para desgarrarla de sentimientos humanitarios...

Casi en el punto opuesto La Peña de Congosto; un peñasco ingente sobre el que se alzan las ruinas de un bello templo, alzado en el siglo XVI, para dar cobijo a

una Imagen de la Virgen. Antes de su desaparición en 1936 se celebraba allí una de las romerías más típicas y pintorescas de la región. Y eran millares y millares los devotos que subían la pendiente, en el día de la fiesta, para honrar a la Señora.

Más a la izquierda otras ruinas famosas: El monasterio de Vega de Espinareda, famoso por los Monjes que de allí salieron para ocupar lugares destacados en todos los lugares de la Patria. Sus Abades eran preceptores de los Reyes de España y se titulaban “Por la Gracia de Dios Abad del Monasterio de San Andrés de Espinareda, Administrador del Cebrero y Capellán de SS. MM. Católicas los Reyes de España”. Allí se enterró a D^a Jimena Muñiz, célebre en la historia patria, y célebre por su epitafio bellísimo, escrito en dísticos ciceronianos. La portada neoclásica de la iglesia, toda la fábrica del Templo y la Sacristía herreriana y amplísima nos entretendrían un buen rato a los dos.

Pero yo, pongo el punto final y definitivo a mis cartas. Lamento de nuevo su prematura salida de León sin visitar estas tierras y he querido ofrecerle estos motivos por si, lo mismo que D. Quijote, se decide a ensayar una segunda salida a los campos de la Patria. Para que tome nota... por si cree oportuno ofrecer a los lectores de A.B.C unas bien contadas crónicas sobre estos lugares ¡que se lo merecen bien!

Siempre affmo.

MAPA GEOGRÁFICO
DEL PARTIDO DE
PONFERRADA,
QUE SUELEN LLAMAR REGULARMENTE
PROVINCIA DEL VIERZO.

TAMBIÉN COMPRENDE LA GOBERNACIÓN DE

CABRERA, y los Concejos de Laciama, Ribas del Sil de

Arriba y de Abajo, siendo todos partes de la Provincia de León.

Por Don Tomás López, Geógrafo de las Reales Academias de la Historia, de San Fernando de la Real Academia de Ciencias, y de las Sociedades Económica y de Artes y Oficios.

Madrid año de 1814

OESTE

ESTADO

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE

OESTE

NORTE



M Sola-Sagales. Editor.

RESTOS DEL MONASTERIO DE CARRACEDO.
(Vierzo.)

todocoleccion

**CUADERNOS
ASTURICENSES**

Nº 3

ARCHIVO DIOCESANO

ASTORGA

2026